

SE SECA LA GLICINA

Gasas violetas van invadiendo el cielo que ta-
chona el valle. Espésanse en la hondonada la
sombra y el silencio, mientras en lo alto de la
gradería rocosa de la montaña, fiotan aún, en vaho
de argento, las últimas luces del sol muriente,
marginando la ancha culebra del río, cuyo brillo
al igual de las nieves solemnes de las cumbres,
desafía las sombras más densas de las noches
más lóbregas.

En medio de ese silencio y de esa quietud, Eva
avanza lentamente por el valle, arreando su maja-
dita de chivas.

Sin par tristeza ensombrece el rostro de la linda
paisana. Sus ojos parecen más grandes, más
negros, más profundos, destacándose en la pa-
lidez de la piel como dos «salamancas» gemelas
abiertas sobre los riscos nevados.

Mientras con la vara de jarilla acaricia,—más
que castiga,—a los chivatos retozones, la criolla
canta. Canta con ritmo funerario una canción
de angustia que se pierde sin eco en el sosiego
del valle soñoliento ...

Si alguna vez en tu pecho,
 jay! jay! jay! ...
a mí cariño no abrigas,
engáñalo como a un niño,
pero nunca se lo digas! ...
Engáñalo como a un niño,
 jay! jay! jay!
pero nunca se lo digas! ...

